

CAPÍTULO XVI

EL PRIMER CIUDADANO DE AMÉRICA

Las cartas precedentes de San Martín, tocantes a Guayaquil, informan de la suprema decisión adoptada cuando creyó que su presencia en el Perú podía importar un obstáculo antes que un beneficio para la más pronta libertad del país. Bastó que arraigara en él esa idea para que se sintiera inmediatamente dispuesto a dejar su protectorado y a salir para siempre del Perú.

A su vuelta de Guayaquil, supo que un motín, apañado por el Cabildo, había impuesto la renuncia de su ministro Monteagudo en Lima, obligándole a salir desterrado, y advirtió que un tal suceso tornaba todavía más grave su situación. Riva Agüero, autor del motín, y los suyos, recibieronlo el día de su llegada –20 de agosto– con muestras de adhesión, y esta posición equívoca lo afectó más aún. Como ya estaban en Lima los miembros del Congreso, convocado antes de su partida, decidió instalarlo solemnemente el 20 de septiembre. “San Martín, vestido de gran uniforme –dice Vicuña Mackenna–, ocupaba en aquella ceremonia, del todo nueva en la tierra de los Incas, la testera del salón, bajo un suntuoso dosel, y cuando todos los diputados estuvieron en sus puestos, inmediatamente (dice la primer acta del Congreso), el Protector del Perú se despojó de la banda bicolor, investidura del jefe supremo del Estado, diciendo: “Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú, no hago sino cumplir con los deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del supremo poder, que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy, que felizmente lo dimito, yo pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representantes. ¡Peruanos!, desde este momento, queda instalado el Congreso Soberano, y el pueblo reasume el poder supremo en todas sus partes”. Acto continuo, y dejando al Congreso seis pliegos cerrados, se retiró, acompañándolo hasta fuera del salón seis señores diputados. La dimisión de San Martín no fue el generoso arranque de un alma impresionable. Fue el fruto de sus convicciones maduras por la experiencia y los hechos, de su desinterés y, más que todo, de su indestructible buen sentido, que le pintaba como concluida su misión. Él dejaba de ser grande como caudillo, pero se hacía por aquel acto el primer ciudadano de la América.”

El Congreso lo nombró generalísimo del Perú con un voto de gracias y una pensión vitalicia. San Martín aceptó el título y el beneficio pero no el ejercicio del cargo. También, en sesión extraordinaria, le acordó el congreso el título de *Fundador de la Libertad del Perú*, con el uso de la banda bicolor, dispuso levantarle una estatua, y que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la República los honores anexos al Poder Ejecutivo.

Ese mismo día, desde su residencia de campo en Magdalena, dirigió San Martín a los peruanos su última despedida: “Presencí –decía– la declaración de la independencia de los Estados de Chile y del Perú, existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público, he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

“Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos.”

“La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga), es temible a los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.”

“En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en la general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo.”

“¡Peruanos! Os dejo establecida la representación nacional. Si depositáis en ella entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va a devorar.”

“Que el cielo presida a vuestros destinos, y que éstos os colmen de felicidad y de paz.”

En esa misma residencia de campo, donde se hallaba con su amigo el general Tomás Guido, pidiéronle todavía varias comisiones de diputados que continuase ejerciendo el poder, pero él se rehusó.

“Entraba ya la noche –dice Guido– cuando la diputación se despidió. El general me dijo: –Ya que no me es permitido colocar un cañón a la puerta, trataré de encerrarme. –Se retiró en seguida a su aposento. Allí se entretuvo en un rápido arreglo de papeles. A las 9 me hizo llamar por su asistente. Nos hallábamos solos. Se esmeraba el general en probarme con agudas ocurrencias el íntimo contento de que estaba poseído, cuando de improviso preguntóme: – ¿Qué manda usted para su señora en Chile? –Y añadió: –El pasajero que conducirá encomiendas o cartas las cuidará y entregará puntualmente... –Qué pasajero es ese –le dije– y cuándo parte? –El conductor soy yo –me contestó–, ya están listos mis caballos para pasar a Ancón, y esta misma noche zarparé del puerto...”

“El estallido de un trueno no me hubiera causado tanto efecto. Mi imaginación me representó al momento las consecuencias de tan extraordinaria determinación. Mi antigua amistad se afectaba también ante la perspectiva de la ausencia de aquel hombre a quien consideraba indispensable, ligándome a él los vínculos más estrechos que puedan crear el respeto, la admiración y el cariño. Bajo la penosísima impresión que experimenté, le pregunté agitado si había medido el alcance del paso que daba separándose del Perú. Preguntéle también si consentía en que se vulnerase su nombre, exponiendo su obra a los azares de una campaña no terminada todavía; si acaso faltó nunca un caluroso apoyo en la opinión y en las tropas, y si no recelaba que, apartado de la escena, sobreviniese una reacción turbulenta que hiciese bambolear el Congreso y derribase al presidente destinado a subrogarle...”

“Todo eso lo he meditado con detenimiento –repuso el general visiblemente conmovido–, no desconozco ni los intereses de América ni mis imperiosos deberes, y me devora el pesar de abandonar camaradas que quiero como a hijos, y a los generosos patriotas que me han ayudado en mis afanes; pero no podría demorarme un solo día sin complicar mi situación; me marcho. Tenga usted por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto, sino bajo condiciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes. Voy a decirlo: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han

estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes; y me falta el valor para hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en los días prósperos y adversos, pero en realidad existe una dificultad mayor, que no podría yo vencer sino a expensas de la suerte del país y de mi propio crédito, y a tal cosa no me resuelvo. Lo diré a usted sin doblez: Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miras arrojadas, he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña, quizá no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo. No, no será San Martín quien contribuya con su conducta a dar un día de zambra al enemigo, contribuyendo a franquearle el paso para saciar su venganza”.

“Como mi primer ímpetu fuese seguirlo a su destino, el general me pidió no me alejase del general La Mar, a quien según sus palabras, llenas de elogios hacia ese digno americano, esperaban pruebas difíciles en su futura presidencia. Conforme se acercaba la hora de la partida, el general, sereno al principio de nuestra conversación, parecía ahora afectado de tristes emociones, hasta que, avisado por su asistente de estar prontos a la puerta su caballo ensillado y su pequeña escolta, me abrazó estrechamente, impidiéndome lo acompañase, y partió al trote hacia el puerto de Ancón.”

“La revolución americana –dice el historiador chileno Barros Arana en un texto escolar muy difundido– había visto surgir tantos ambiciosos que no podía creer fácilmente que hubiera un hombre tan desinteresado, que habiendo llegado a la altura en que se hallaba colocado el Protector se desprendiese espontáneamente del mando y de los honores. Sin embargo, la resolución de San Martín era firme e irrevocable.”

Ya en el puerto, se embarcó esa misma noche en el bergantín *Belgrano*, que dio la vela para Valparaíso. Aquel hombre, colmado de honores ese mismo día, y a quien podemos representarnos un año antes, objeto de tales homenajes que las mujeres caían a sus pies y se abrazaban a sus rodillas en el antiguo palacio de los virreyes de Lima, navega solo ahora en la inmensidad del océano, un poco a merced del destino, porque no tiene un plan determinado, como no sea el de ajustarse a las normas del deber y del patriotismo como él las entiende y las practica...

El 13 de octubre llegó el bergantín *Belgrano* a la rada de Valparaíso. San Martín iba escaso de dineros y sin mando alguno. El gobierno de O`Higgins no era el de 1819 y 1820... Pocos meses faltaban para la abdicación del director, trabado en su política por los opositores, y nada podía esperar ya de él ni nada le pediría tampoco el ex Protector del Perú...

Si el congreso peruano le había brindado honores y testimonios de gratitud, no podía esperar en Chile honras semejantes. Por el contrario. La propaganda de lord Cochrane daba sus frutos ácidos, y fuera del círculo de O`Higgins, San Martín había perdido mucho aquel supremo prestigio de general victorioso en Chacabuco y Maipú. Su llegada se comentó en todos los corrillos. En una casa de Valparaíso, una dama inglesa, viuda, inteligente y hermosa, escribía en su diario íntimo el día 14 de octubre: “Me llegan noticias esta mañana de que San Martín ha sido arrestado y que, habiendo pretendido introducir de contrabando cierta cantidad de oro, éste ha caído en comiso...”

A mediodía: Lejos de haber sido San Martín arrestado, dos de los edecanes del director han venido a saludarlo. Además el Fuerte saludó su insignia. Muchas personas que saben cómo piensa lord Cochrane respecto del general, y que lo consideran como un traidor a Chile y como un mal hombre, se inclinan a creer que lo arrestará. Si lo hubiera hecho, me parece que hubiera contado con la aprobación del gobierno”.

Hay que decir que la inglesa era partidaria y amiga y amante de Cochrane. Se llamaba María Graham y escribió después un libro muy interesante titulado *Diario de una residencia en Chile y de un viaje a Brasil*. En la noche de ese mismo día 14, Mrs. Graham escribió:”Ha llegado el carruaje del Director para conducir a San Martín a la Capital. Asistenlo el general Prieto y el mayor O`Carrol, con cuatro ordenanzas que traen instrucciones de no perderlo de vista. Esto, a juicio de algunos, significa un arresto honroso...”.

Así lo hubiera querido aquella mujer que, por adhesión al lord, su amigo, deseaba toda clase de males para el general San Martín, a quien no conocía... Sin embargo, lejos de arrestar al Libertador de Chile (absurdo era pensarlo), O`Higgins lo había recibido con los honores correspondientes. Zenteno, gobernador de Valparaíso, con su familia y amigos trataban de hacer placentera la estancia del huésped en la ciudad. Y he ahí que el día 15, Zenteno y su familia con el coronel D`Alve, el general Prieto, el mayor O`Carrol y el capitán Torres, acompañan en grupo numeroso al Libertador por las cales de Valparaíso...

El general va vestido de civil, con traje negro. Está locuaz y al parecer despreocupado, casi contento. Marchan por la ciudad, él curioso de todo y las gentes curiosas por verlo, volviendo la cabeza para no perderle movimiento. ¡Es el general San Martín!

De pronto, se hallan próximos a la casa de Mrs. Graham, y Zenteno tiene la idea de introducirlo en aquella morada hostil... Es la viuda del marino inglés Tomás Graham, comandante da la fragata *Doris*... Graham murió en el barco, antes de llegar a Chile; su viuda bajó con el cadáver para enterrarlo en Valparaíso. El general debe conocerla... Y como todo interesa al general, ya está el grupo en casa de Mrs. Graham. No le busquemos querella tampoco a la dama inglesa... Era una mala lengua pero nos dejó una silueta del Libertador que le hubiera hecho sonreír... Lo encontró “hombre muy alto y de buena figura y con ojos muy negros que tenían una peculiaridad que sólo había visto en una célebre dama. Eran ojos oscuros y bellos... pero inquietos... Nunca se fijan en un objeto más de un momento pero en ese momento expresan mil cosas –dice-. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente; pero *no abierto*. Su modo de expresarse, rápido, suele adolecer de oscuridad; sazona a veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Tiene grande afluencia de palabras y facilidad para discurrir sobre cualquier materia”.

Mrs. Graham nos cuenta que le fue difícil tarea disponer asientos para tanta gente “en una pieza de apenas dieciséis pies cuadrados y atestada de libros y otras cosas necesarias para la comodidad de una europea”. Toda su atención se concentró naturalmente en San Martín, que estuvo muy expansivo en aquella visita. “Citó –dice Mrs. Graham, muy segura de sí misma– continuamente autores que sin duda sólo conoce a medias y de la mitad que conoce pareceme que no comprende el espíritu. Al girar la conversación sobre temas religiosos, habló mucho de filosofía. Ambos caballeros (San Martín y Zenteno) parecen creer que la filosofía consiste en dejar la religión a los sacerdotes y al vulgo, que los sabios deben reírse igualmente de frailes,

protestantes y deístas. De la religión y de los cambios que ha experimentado por obra de la corrupción y de las reformas, se pasó fácilmente a las revoluciones políticas. Casi todos los reformadores sudamericanos se han inspirado en autores franceses. Se habló del siglo de Luis XIV como de la causa directa y única de la revolución francesa y, por consiguiente, de las de Sud-América. Hicieron un obsequioso recuerdo del rey Guillermo antes que me aventurara a observar que los pasados males y los bienes presentes de estos países bien podrían atribuirse en parte a las guerras de Carlos V y de su sucesor, que agotaron el oro de las colonias sin devolverles nada en cambio.

“Siguióse discurrendo sobre este y otros temas hasta terminar con una alusión al progreso intelectual de Europa, que en un solo siglo había producido la invención de la imprenta, el descubrimiento de América y los comienzos de la reforma que mejoró las prácticas mismas de Roma.” Pero lo que dejó en Mrs. Graham una excelente impresión fue la *persona* del general... porque, si su físico le inspiró palabras muy amables, no fueron menos lisonjeras las que dedicó a sus maneras: “Sus modales son, en verdad, muy finos y muy elegantes sus movimientos y su persona. No tengo inconveniente en creer lo que he oído, de que en un salón de baile, pocos hay que lo aventajen”.

Sin embargo, la conclusión de Mrs. Graham es categórica: “Esta visita no me ha dejado una impresión muy favorable de San Martín: sus miras son estrechas y aun, si no me equivoco, egoístas. No tiene genio –concluye– sino cierta dosis de talento y un ligero barniz de conocimientos generales que luce con habilidad; nadie posee como él ese talento que llaman los franceses *l’art de se faire valoir*. Su bella figura, sus aires de superioridad y esa suavidad de modales a que debe principalmente la autoridad que durante tanto tiempo ha ejercido, le procuran muy positivas ventajas. Comprende el inglés y habla mediocrementemente el francés, y no conozco otra persona con quien pueda pasarse más agradablemente una media hora; pero su falta de corazón y de sinceridad, que se revelan aun en un rato de conversación, cierran las puertas a toda intimidad y mucho más a la amistad”. Hubiéramos podido preguntar a Mrs. Graham si en una hora de charla puede conocerse el corazón de un hombre...

“A las nueve –agrega– se retiraron los visitantes, dejándome muy complacida de haber visto a uno de los hombres más notables de Sud-América, y creo haberlo conocido en esta ocasión tanto como es posible conocerlo. Aspira a la universalidad, como Napoleón, que, según he oído, tuvo algo de esa debilidad y de quien habla siempre como de su modelo, mejor dicho, su rival.”

“Nadie tira piedras a un árbol sin frutos”... dice un proverbio inglés, muy aplicable a las censuras de Mrs. Graham. El árbol aquel estaba opulento de frutos en sazón y sin un mísero cerco de defensa... Pero ella prefirió confesar que: “Uno de los castigos de quienes están en puestos eminentes es el de ser juzgado severamente por los demás”, y transcribió este verso que dice el rey Enrique V en el drama de Shakespeare:

Oh, hard condition! And twin-born of greatness Subject to breath of ev'ry fool.

“Oh! Dura condición, hermana gemela de la grandes, que nos expone a la habladuría de cualquier necio.”

Y este verso del cisne del Avon, tan gentilmente traído por la dama inglesa de Valparaíso, nos inclina a perdonarle toda su imprudencia cochranista... Aquel hombre que se mostraba tan locuaz, tan agradable y mundano, estaba enfermo, y otro que él no hubiera podido tenerse en pie. Apenas llegado hasta el director de Chile, éste lo hospedó en la quinta del Conventillo, donde pasó sesenta días en cama, no al parecer obsesionado por lo que tenía que afrontar en lo venidero sino con su pensamiento puesto en el Perú. “En una comunicación que lleva fecha 22 de diciembre de 1822, escrita de su letra en grandes caracteres –dice Vicuña Mackenna– trazados al parecer por la mano de un convaleciente y dirigida al congreso de Lima, dice así: “Señor: Sesenta y seis días de una penosa enfermedad me han privado manifestar con más antelación al Soberano Congreso mi obediencia y tributarle mi más vivo agradecimiento a las distinciones con que ha honrado mis cortos servicios. El Soberano Congreso llenaría la copa de su generosidad si se persuade de mi eterna gratitud, y de mis ardientes votos por el acierto en sus supremas decisiones y felicidad del valiente pueblo peruano. Santiago de Chile, y Diciembre 26 de 1822. José de San Martín”.

A fines de enero de 1823, no muy repuesto de su dolencia, emprendió viaje a Mendoza, y una vez más, montado en su mula zaina, trepó las cumbres, bajó las cuevas, salvó los torrentes y anduvo por aquellas fragosidades imponentes que le eran familiares. Lo acompañaban un capitán chileno, dos asistentes y algunos arrieros. Llevaba gran sombrero de paja de Guayaquil y un poncho liviano y corto sobre el chaquetón de paño azul; zapatos, polainas, y guantes amarillos en sus manos por el frío de las alturas. Esto nos lo cuenta Manuel Olazábal, oficial suyo que estaba en Mendoza y, enterado del viaje del general, salió a recibirlo en la cordillera. “El sol aparecía en el oriente cuando Olazábal –nos dice él mismo hablando en tercera persona– vio a la distancia una pequeña caravana que lentamente se dirigía hacia la cumbre. Desde luego sospechó que venía su coronel. Efectivamente, era el Gran Capitán. Su semblante, decaído por demás, apenas daba fuerza a influenciar el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir. Cuando se acercó, Olazábal se precipitó hacia él y lo abrazó por la cintura deslizándose de sus ojos abundantes lágrimas. El general le tendió el brazo izquierdo sobre la cabeza y, lleno de emoción, sólo pudo decirle:

– ¡Hijo!... –Un momento después, invitado a descansar y a tomar un poco de té o café, aceptó, y ayudándolo yo a bajar de la mula, se sentó sobre una montura.”

Ofrecieronle un mate de café, que aceptó, y después de los cumplidos indispensables dijo: – ¡Qué diablos! Me ha fatigado esta subida... –Y pasados unos momentos. –Bueno será que bajemos...

... “Montó en la mula –escribe Olazábal– y emprendieron el descenso de los Andes, en que se fatigó bastante por la posición inclinada hacia delante de la cabalgadura. En el Manzano pasaron la noche y durmió bajo un pabellón de ponchos que se improvisó. Al siguiente día llegaron a la estancia de don Juan Francisco Delgado, en el Totoral.

“Pocas horas hacía que estaban allí, cuando llegó un chasque de Chile, mandado por O`Higgins, en que le enviaba como veinte comunicaciones llegadas de Lima. Después de ver los sobres, abrió y leyó uno y exclamó: –Oh... si Alvarado se ciñe al plan de campaña que he dejado para las operaciones en Intermedios, saldrá victorioso; de lo contrario, le irá mal. –Luego, abrió otro y dijo: –Ésta es del malvado más grande que hay en el Perú... Es de Riva Agüero –y después de

leerla, demudándose su semblante, agregó – ¡Pícaro! Ahora me llama para que vuelva, porque de no, se pierde el Perú... ¡Intrigante!...

“En aquella estancia, estuvieron tres días más, en el cual tiempo fue notable el restablecimiento de su salud.

“El día 2 de febrero se pusieron en camino para la ciudad de Mendoza, despachando antes de regreso al oficial chileno que venía en su compañía, y fueron a dormir en La Estacada. Allí se incorporó don José María Correa de Saá, padre de los valientes oficiales mendocinos de Cazadores a caballo que quedaban en el ejército Libertador, don Félix y don Ignacio.

“El 3, de madrugada, continuaron su marcha para la ciudad, e iban hablando indistintamente, cuando de pronto le dijo el general: – ¿Usted recuerda qué día es hoy?

–En este momento no, señor, le contestó. –Pues este día, en 1813 poco más o menos a estas horas, usted sabe que el Regimiento hacía su primer ensayo en San Lorenzo...

“El general, enemigo como siempre de manifestaciones públicas, burló la vigilancia del gobierno y pueblo que lo esperaba, y fue, sin ser sentido, a bajarse en la casa habitación de la distinguida señora doña Josefa Huidobro, donde fue constantemente cumplimentado y obsequiado por aquella digna ciudad. Dos meses después de estar allí, su salud había recuperado el nervio de veinte años atrás.

Vestido con esmero, todo de negro, zapato, y media de seda, concurría y bailaba en todas las primeras tertulias.”

Su permanencia en Mendoza se prolongó hasta noviembre, por lo que puede decirse que pasó todo el año, en aquella Ínsula cuyana de su predilección. Allí le llegaban noticias de Chile, del Perú y de Buenos Aires, malas casi todas: de Chile, la caída de su amigo O`Higgins, obligado a abdicar el gobierno... De Perú, las derrotas peruanas anteriores a la campaña de Bolívar, que terminó con la victoria de Ayacucho. De Buenos Aires, la grave enfermedad de su mujer, que falleció en agosto de ese mismo año...

AGENDA DE LECTURAS

La conversación de San Martín con Guido, en *San Martín visto por sus contemporáneos*. La silueta de San Martín por María Graham se halla en el *Diario* de esa dama inglesa, traducido por José Valenzuela Darlington en 1902. Hay reedición de la Editorial América. Sobre las relaciones íntimas entre Cochrane y María Graham, véase Enrique Bunster, *Cochrane*. La crónica de Manuel de Olazábal sobre su encuentro con San Martín en la cordillera está en *Historia Argentina. Episodios de la guerra de la independencia*, por el mismo Olazábal. El mismo episodio se halla también en *San Martín visto*, etcétera.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XVI. pp. 183-195. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé. 2000.